

Una lección magistral

El pasado sábado 18 de octubre, se tuvo la ocasión de escuchar al pianista Joan Moll en el auditorio del Centro cultural Puig den Valls. El pianista mallorquín, heredero directo de la escuela pianística de Claudio Arrau –Joan Moll estuvo varios años asistiendo a las clases magistrales del admirable pianista chileno en Alemania- nos deleitó a todos los presentes con una ordenada, cronológicamente hablando ,primera parte de concierto con obras como la *fantasía en re menor* de Mozart, los *seis vals* de Beethoven, el *impromptu en si bemol mayor* de Schubert y el *allegro de Concierto* de Granados; y una segunda parte dedicada enteramente a la figura de Chopin con sus *tres nocturnos póstumos* (en do sostenido menor, en do menor y en mi menor), *dos polonesas* (en do sostenido menor y en si bemol menor) y *tres vals* (dos de ellos en Re bemol mayor -opus 69 y 64 respectivamente- y un tercero en la bemol mayor).El concierto constituyó enteramente desde principio a fin una lección brillante por varios motivos: primero por la disposición de programa, donde se hallaba una primera parte ordenada y equilibrada junto con una segunda parte dedicada enteramente a Chopin, uno de los más excelsos creadores de música pianística. Segundo por la equilibrada y serena comunicación pedagógica que Joan Moll, intercalando sabiamente las lenguas castellana y alemana-usaba para describir lo más interesante de cada obra. Tercero, por el temple y saber estar con un auditorio que exigía ansiosamente al maestro dado el enorme currículum que le precedía, y cuarto por el maravilloso sonido e inteligencia interpretativa que sabía extraer a cada pieza acorde con su estilo .Si bien es cierto que el instrumento no estaba -técnicamente hablando- a la altura que se merecía este reputado pianista, él con su profesionalidad solventó el problema y supo extraer lo mejor de él. Una auténtica lección de musicalidad y sonido “Arrau” envolvió la audición del concierto y que gracias a los numerosísimos y cálidos aplausos Joan Moll agradeció con la interpretación de una virtuosística pieza de Scriabin, escrita enteramente para la mano izquierda. La equilibrada disposición de los planos sonoros, el cantábile natural de la melodía, el justo volumen para las armonías ,así como la distribución en el espacio sonoro de las contramelodías y el inteligente uso de los graves, permitió a todos los presentes gozar de una escritura pianística al más alto nivel, cada vez más interesante a medida que avanzaba el concierto, hasta el punto que el hecho social del aplauso se difuminó para dejar paso a la atmósfera íntima del piano y su comunicar que ninguno de los presentes osó interrumpir –sobre todo en la segunda parte-para no romper la magia de aquel momento especial. A destacar, inexplicablemente, la gran ausencia de la cantidad de alumnos de piano y músicos en general, que viven en nuestra sociedad y que gran provecho hubieran obtenido de esta clase magistral.

Adolfo Villalonga